

esclavizados; la ley del progreso se cumplirá irrefragablemente desterrando de las conciencias todo sentimiento infamante de idolatría, de sumisión y servilismo y, cuando la humanidad haya, por fin, sepultado los vestigios de religiones inhumanas y fratricidas en los pliegues de sus convulsiones

vengadoras, implacables y apocalípticas, empezará á regir la Igualdad visionada y la Justicia irreductible y á brillar la luz de la Verdad esfumándose las opacas sombras, y huellas sanguinolentas de una institución absolutista, opresora, y sanguinaria.

ISAAC G. LÓPEZ

Epílogos

Paseo dominical Caminando, caminando entre el frescor de la riente mañanita, saludamos uno á uno los sitios todos que un tiempo recorriéramos diariamente, rumbo á la casita campestre que abrigó los únicos grandes y puros amores de nuestra vida.

Bordeando el sendero, los arbustos polvorientos—mirados tantas veces—sacudían su follaje para agasajarnos; en cada hueco de los paredones, en cada pedrón desmayado entre la yerba, íbamos encontrando los retazos de aquellas emociones dulcísimas ó tristes, acariciantes ó atormentadoras que á nuestro paso—en otros días—fuimos colgando de todo.

Los recuerdos saltaban sobre el camino ante nuestros ojos extasiados, como esos pájaros nocturnos que á la luz de la luna preceden á los viajeros dejándose caer como hojas secas en mitad de la vía y levantándose luego al acercarse aquéllos, con vuelo sutil de mariposas.

Cada una de las preocupaciones melancólicas ó alegres que en un tiempo ya lejano agitaron nuestro pensamiento, y que clavamos con la mirada en cada uno de los objetos hallados en la ruta, movían al vernos sus patitas como para indicarnos que allí estaban, vivas aún, á despecho del tiempo que ha pasado.

La acequiecilla rumoreante, el portón valetudinario, el potrero extendido como una alfombra anchurosa, tuvieron su palabra especial para el oído.

Y luego la casita hoy ruinosa que

antes encerró—vivos y hermosos—los poemas de nuestra dicha; y luego la arboleda bajo cuyos arcos de frondas corrieron desgranando risas sobre las hojas secas los hijos primeros de nuestro amor.

¿La hamaca tendida de árbol á árbol como una unión sin rigidez? ¡Ya no está!

¿La manada de gansos que estiraron el cuello para mirar cuál se columpiaba nuestra ventura, y aplaudieron después con sus alas la explosión de la vida en nuestros labios? ¡También ellos se fueron!

Pero ¡ah! bendito el día de inmensa paz, de incomparable descanso vivido allí en diálogo con las voces del pasado.

Decid, hombres tediosos, trabajadores inconsolables, que conjuráis al vicio para que venga á llevaros un rato el fardo de vuestros sinsabores, ¿no habéis salido nunca al campo los domingos á los parajes conocidos que alguna remembranza os guardan con cariño?

¿Es que no hay algún sitio, algún rincón agreste poblado por el enjambre de vuestros recuerdos?

Haced la experiencia, os invitamos. Id despertando la fila de las emociones que os esperan durmiendo. Cuando hayáis caminado un buen trecho, ya no iréis solos. Detrás de vosotros marchará un escuadrón de niños, visibles para vosotros solamente, cantando la sonora canción de la esperanza.

Sus voces apagarán el dejo de vuestra melancolía.

¡Salid al campo los domingos!